

ENCUENTRO EN EL ALLÁ SEGURO,
por *Wally Zenner*. Buenos Aires, 1931.

Sutiles poemas elegíacos escritos en recuerdo y alabanza de una muerta querida.

Altos de emoción nobilísima, sin el clásico lloriqueo inevitable de toda elegía, estos poemas de Wally Zenner, ricos de imágenes bien halladas, sitúan a la autora entre los escritores argentinos y en sitio bien airoso.

La diafanidad de su estilo, que logra a veces inquietantes entonaciones bíblicas, es cosa que sorprende, dados los pocos años de la autora. Siente como una niña iluminada y sabe decirnos su canto armonioso y profundo con maestría de viejo artífice.

No son comunes entre los escritores sudamericanos de la generación última la expresión nítida, la imagen nueva sin ser descabellada, y el estilo correcto que ennoblece la expresión. Estas cualidades innegables que reúne de manera sorprendente la autora de *Encuentro en el Allá Seguro*, hacen esperar de su labor páginas que perduren. — *Carlos Préndez Saldías*.

ENSAYOS

RUBÉN DARÍO. CASTICISMO Y AMERICANISMO, por *A. Torres-Río*seco.

Los estudios críticos y de historia literaria, tan decaídos en Chile, han tenido un remozamiento por las obras de nuestro compatriota Ar-

turo Torres-Ríoseco. Perdido en una Universidad de los Estados Unidos (primero Texas y ahora California), confundido en la vasta falange de los que enseñan español o literatura hispanoamericana, el señor Torres va conquistando lenta y seguramente un sitio entre los buenos críticos del continente sur. Comenzó como poeta, y no puede decirse que haya clausurado su carrera de tal: por el momento parece simplemente haberla postergado. Autor de *En el encantamiento*, editada en Costa Rica, se acreditó como modernista de aliento y dotado de alguna originalidad. Pero más importante para Chile es su obra de ayer. En *Atenea* se han publicado, en efecto, unos romances de Torres-Ríoseco que deben ser aplaudidos especialmente. Lejos de su patria Torres-Ríoseco recuerda en esos versos los episodios que alucinaron su niñez, y la vida violenta lo seduce. Evoca así las sombras lúgubres, teñidas de sangre, del Huaso Raimundo, personaje ya legendario, y de Guillermo Beckert, vil engendro de crueldad y de afeminamiento, en unos versos llenos de gracia primitiva. Suponemos que esos romances tendrán hermanos, y nos complace imaginar el libro con que ellos ha de publicar algún día su autor.

Todo esto sin perjuicio de los estudios literarios, de crítica de textos con miras hacia la literatura comparada, que el señor Torres-Ríoseco ha dado a luz. El último de estos trabajos, y también el más amplio y circunstanciado, se titula *Rubén Darío. Casticismo y americanismo. Estudio precedido de la biografía del*

poeta (1). Es un bello libro empastado a la moda americana, que llena más de doscientas cincuenta páginas. En él, conforme la propia división que el autor ha hecho, débense considerar dos partes. La primera es el relato de la vida del poeta nicaragüense, que ocupa ciento veinte páginas; la segunda es una serie de breves estudios sobre el *Casticismo y el Americanismo* en la obra de Darío, cuyos pormenores daremos más adelante.

La biografía de Darío que nos presenta el señor Torres Ríoseco se distingue de otras anteriores por varias razones substanciales. A mi juicio, las más importantes son dos: la franqueza y la amenidad. El crítico no ha pretendido en momento alguno idealizar a su personaje y cada vez que ha dispuesto de documentos suficientes para destrozarse cualquiera de las aureolas de que sus amigos han querido rodear al poeta, Torres-Ríoseco no ha vacilado un instante y ha roto el encanto. La vida de Darío había sido enredada terriblemente por el poeta y por sus biógrafos, los cuales generalmente se amparaban en los relatos de aquel, falsos así de pe a pa, sin perjuicio de agregar por su cuenta nuevas sombras y falsedades. Hay un trozo de la vida de Darío que yo he estudiado prolijamente y que me va a servir para apreciar el interés del libro de Torres-Ríoseco. Me refiero a la estancia del nicaragüense en Chile.

Según Darío, esta estancia ha-

(1) Edición del Harvard Council on Hispano-American Studies, Harvard University Press, 1931.

bría comenzado el día de la muerte de Vicuña Mackenna; el historiador chileno murió el 25 de Enero de 1886; luego Darío habría estado en Valparaíso ese día o el siguiente. Falso todo, por la muy simple razón de que Darío escribió su *Autobiografía* de memoria, a muchos años de distancia de los hechos y sin poseer documento alguno que le permitiera aclarar sus dudas y los vacíos de la memoria. Rubén Darío llegó a Chile a fines de Julio de 1886, como he podido comprobar yo al encontrar en los diarios su nombre como pasajero del *Uarda*, vapor alemán en el cual hizo su viaje desde Nicaragua. Torres-Ríoseco se atiene a estos datos y a otros que han sido verificados también en forma estricta por don Armando Donoso, autor de un extenso estudio sobre la misma materia. Su relato de la vida chilena de Darío es fiel y completo, en líneas generales. Hay algunos leves errores que no empañan su mérito. En la página 14 el autor dice que Darío conoce en *La Epoca* a don Agustín Edwards, «capitalista y diplomático». El señor Edwards Ross, que es a quien puede referirse Torres-Ríoseco, de gran figuración en esos años, no fué diplomático, y su vida pública fué consagrada a la política, como diputado y Ministro de Estado. La confusión puede haberse producido porque el hijo de aquél, don Agustín Edwards Mac Clure ha sido mucho tiempo diplomático en España, Inglaterra y Suecia. Pero en 1886-89 el señor Edwards Mac Clure es un joven escolar.

A pesar de las muchas indicacio-

nes en favor de creer que *El rey burgués* era don Eduardo Mac Clure, me inclino a pensar que no hay nada de eso. Torres-Ríoaseco acoge la leyenda, autorizada con el nombre de don Samuel Ossa Borne, en la pág. 17 de su libro. Es indudable que si Darío pudo sacar del señor Mac Clure rasgos que le sirvieran para trazar el retrato del *Rey burgués*, exageraba a morir.

En la pág. 23 el autor omite dos fechas importantes. Al hablar del Certamen Varela olvida decir que él se produjo en 1887; en Septiembre de ese año fué expedido el fallo y en Diciembre se publicó el libro en que se recopilaban las piezas premiadas y recomendadas. Nada de esto está en el aire; por lo contrario, todo puede comprobarse con los documentos mismos. En una nota puesta al pie de la misma página, el autor dice:

En el mes de Enero, Eduardo de la Barra publicó las Rimas de Darío con el nombre de *Rosas andinas (rimas y contra rimas)*.

Bien, Pero si no se dice que ese Enero fué el de 1888, el lector no gana nada con saber lo que se le ha dicho.

En la pág. 25 se produce el error más grande que hasta ahora he encontrado en este libro. El autor habla allí de la composición de la novela *Emelina* como si ella hubiese sido escrita cuando el poeta, después de estar en Santiago los últimos meses de 1886 y casi todo el año 1887, pasó a vivir en Valparaíso en el verano de 1887-88 y algunos meses más de este último año. Esto es

un error. *Emelina* fué compuesta en la primera estancia de Darío en Valparaíso, como quiera que debió ser presentada al Certamen de *La Unión* (diario de ese puerto), cuyo plazo venció el 1.º de Agosto de 1886. Darío fué invitado a colaborar en *Emelina* por Eduardo Poirier, en cuya casa parece residió desde su llegada a Chile. Y Eduardo Poirier vivía entonces en Valparaíso. No se puede dudar de esto porque coinciden todos los testimonios escritos con la colaboración de Darío en *El Mercurio* de Valparaíso, que Torres-Ríoaseco conoce y ubica bien (pág. 11).

En la pág. 26 también se debe reparar un ligero error. El señor Torres-Ríoaseco dice que don Juan Valera escribía en *Los Lunes del Liberal*; es un disparate en el cual cayó también el señor Donoso en el estudio citado más arriba. Esa edición semanal de literatura era publicada en Madrid por *El Imparcial*, no por *El Liberal*. Desgraciadamente, el error se repite en la pág. 39 del libro del señor Torres (1).

(1) Se ha fantaseado mucho sobre la dedicatoria de *Azul* a don Federico Varela, que no habría sido pagada por éste como tal vez esperara Darío. Blanco-Fombona, dominado de su manía anti-chilena tan vieja como inmotivada, en un fragmento que cita el señor Torres Ríoaseco, dice: «Si dedicó *Azul* a cierto magnate chileno tan incapaz de comprender aquello que ni siquiera le dió las gracias (¿le consta esto al señor Blanco?), fué por instigaciones de Eduardo de la Barra, y creyendo que iba a sacar alguna tajada al incomprensivo. El silencio del rico hombre (sigue Blanco suponiendo lo que no conoce) pinta por igual al pobre rico hombre sin entendimiento de hermosura (¡caray!) y a Rubén curvado ante posibles Mecenas». Todo ésto estaría bien, como desahogo bilioso del señor Blanco, si no fuese que la pícara historia no lo dejará mentir esta vez. El señor Varela fué uno de los más generosos Mecenas de Chile, posiblemente el más generoso de

La segunda parte de este libro contiene estudios críticos y de literatura comparada, titulados *Casticismo en la obra de Rubén Darío*, pág. 125, *Resurrecciones e innovaciones métricas*, pág. 134, *Cantos a España*, pág. 161, *Darío y la generación del 98*, pág. 174, *Americanismo en la obra de Rubén Darío*, pág. 180, *El Paisaje americano*, pág. 200, *Rubén Darío y los poetas españoles del siglo XIX*, pág. 216, (Bécquer, Campoamor, Cano, Espronceda, Núñez de Arce y Zorrilla).

Estos estudios acopian nueva luz sobre algunos rasgos decisivos de la obra de Darío y atestiguan en el autor un discreto conocimiento de la literatura moderna. En el segundo de ellos, sin embargo, *Resurrecciones e innovaciones métricas*, el señor Torres Ríoseco revela desconocer uno de los más importantes ensayos que se han hecho sobre la métrica de Rubén Darío, y cronológicamente el primero de grandes proporciones. Me estoy refiriendo a *El endecasílabo dactílico*, libro publicado en Rosario (Argentina), 1895, por don Eduardo de la Barra, el prologuista de la primera edición de *Azul*, el gran poeta y polemista chileno que arrebató a Darío el premio de las rimas en el Certamen Va-

todos. Organizó Certámenes literarios con espléndidos premios, en número considerable; pagó ediciones de libros de literatura y de obras musicales; adquirió cuadros y estatuas de autores chilenos; tenía su casa y su mesa a disposición de los artistas. ¿Darío tuvo menos suerte que los demás? Es sensible; ello no justifica la hidrófoba dentellada a uno de los hombres que más seriamente ha protegido el arte en Chile. Algún día habrá que contar documentadamente todo lo que Varela hizo en ese sentido, y tanto Blanco como cualquiera de los que lo han atacado, sentirán vergüenza.

rela... Clarín había atacado a Rubén Darío por el empleo de los versos de *Pórtico*, composición con que había encabezado Salvador Rueda su libro *En tropel*. A juicio del crítico español, esos versos no eran castellanos y presentaban diversas asperezas rítmicas que los descalificaban. Eduardo de la Barra, que conocía admirablemente todo lo referente a la versificación castellana, pudo probar en ese libro que Clarín estaba equivocado. No se trataba de una creación de Rubén Darío: el endecasílabo usado en el *Pórtico*, con todas sus asperezas y desigualdades por la acentuación variable, era el mismo usado por poetas españoles de la Edad Media. Darío había resucitado, pues, un metro olvidado y realizaba el consejo inmortal de Chénier:

Faisons des vers antiques sur de
penseurs nouveaux...

En la pág. 137, en nota, el autor dice:

Para otras combinaciones métricas tuvo Darío el ejemplo de algunos poetas chilenos de su tiempo. Eduardo de la Barra, siguiendo el ejemplo de su compatriota Pablo Garriga (1853-1893), ensayó el verso de 16 sílabas y combinó irregularmente versos de diferente medida (7-9-14-5) en su *Canción del loco*.

Este era precisamente el momento de haber indicado cómo más tarde Eduardo de la Barra iba a justificar, con amplísima documentación erudita, uno de los artificios métricos que fué más combatido por los enemigos de Darío. La investi-

gación que realiza el señor Torres Ríoseco para algunos ejemplos de empleo del metro que Eduardo de la Barra llama *endecasílabo dactílico* y que Menéndez y Pelayo, conforme la moda antigua llamó *de gaita galaica*, en poetas españoles de diversa época, pudo haber sido conducida mucho más lejos si nuestro compatriota hubiese tenido presente el libro del poeta chileno.

Poco más tenemos que agregar a los estudios que componen la segunda parte del libro de Torres Ríoseco; corriamos de paso una referencia cronológicamente errada. Dice nuestro autor:

...si en *Azul* incluye su soneto *A Caupolicán* y si loa en el mismo libro a Walt Whitman, Díaz Mirón y J. Palma, día llegará en que se olvide de tan cercanas causas (pág. 180).

Para emplazar debidamente esta alusión debe tenerse en cuenta una circunstancia que parece haber sido desconocida de Torres Ríoseco: en la primera edición de *Azul*, la publicada en Valparaíso en 1888, no aparecía ninguna de las composiciones citadas. Fueron incluidas más tarde, como quiera que han sido redactadas también posteriormente, si mis indicaciones cronológicas sobre la obra de Darío no están equivocadas. Y a propósito, hay allí un buen tema para un investigador

paciente. Si se precisara escrupulosamente la fecha de composición de cada uno de los poemas de Darío con toda la aproximación posible en esta tarea, se habría avanzado muchísimo en la tan debatida cuestión del modernismo, sus precursores y sus epígonos. Por la falta de esta cronología es frecuente ver a los críticos hacer inducciones erradas.

Finalmente, una errata acaso mecánica. El señor Torres Ríoseco dice (pág. 232):

En varios de sus poemas de esos días usó Rubén el terceto endecasílabo *monorrímo* que Núñez de Arce puso en boga en España a fines del siglo XIX, siguiendo muy de cerca al Dante.

Y cita como ejemplo:

Al bajar la pendiente de la vida
me nallé de pronto en una selva
[obscura,
agreste y sin vereda conocida.

La misma cita contradice al autor: ese terceto no es monorrímo sino que es el terceto habitual en la poesía castellana y el más usado en epístola y otras composiciones semi-didácticas. Y es por lo demás el mismo terceto en el cual se halla escrita la *Comedia* del Dante, que Núñez de Arce parafrasea en su poema *La selva oscura*.—Raúl Silva Castro.